

TIEMPO DE FUEGO



Poul Anderson

Anu, la gigante roja, también llamada «La Estrella Cruel, El Merodeador, El Sol Demonio, El Vagabundo», se estaba aproximando a Istar. Como cada mil años, abrasaría la tierra, secaría los ríos, agostarían los cultivos, y mataría.

La parte norte del planeta siempre era la más afectada. Sus habitantes, los bárbaros tassui, habían decidido no volver a ser las víctimas del Tiempo de Fuego y en consecuencia se lanzaron a la conquista de mejores territorios, amenazando acabar con la civilización.

Los miembros de la Asociación y sus legiones pidieron ayuda a los habitantes terrestres de la ciudad de Primavera. Pero la Federación Terrestre tenía su propia guerra en otro lugar y les prohibió que actuaran.

Para Hal Clement,
hacedor de mundos

»Introducción

Es una cosa temible caer en manos de un hombre completamente justo.

Su imagen había sido suficientemente escalofriante en el tribunal. Ahora éramos convocados a su presencia. Anocheceía cuando descendimos del aparato, con un azul grisáceo a nuestro alrededor, que convertía en negro la línea en donde la ladera de la montaña se alzaba del valle, estando todavía su cumbre rodeada de un violeta punteado por las primeras estrellas. Un satélite guardián se precipitaba entre ellas, entrando en la sombra de la Tierra y desvaneciéndose como si el tenue viento frío que soplaba sobre nosotros lo hubiera apagado. Allí manaba un aroma de glaciares y distancias.

La casa estaba construida en piedra del planeta, enorme, integrada en el paisaje. Pocos hombres en el planeta madre del ser humano podían afrontar aquella vida solitaria. El presidente del Tribunal la gobernaba. Una luz en un soporte de bronce iluminaba una puerta de roble con marco de hierro. Nuestro piloto nos señaló en esa dirección. Todo su cuerpo indicaba que era mejor no hacer esperar a Daniel Espina.

Aunque mi corazón palpitaba en exceso, caminamos ordenadamente. La puerta se abrió para mostrarnos a un servidor, vivo e inhumano.

«Buenas tardes —dijo el ser—. Síganme ustedes, por favor».

Le seguimos por un corredor recubierto de madera oscura, hasta una habitación destinada quizás a encuentros

como aquel.

Era amplia y de techo alto, llena de antigüedades y de silencio. La alfombra amortiguaba nuestras pisadas. Habían sillas y un sofá de piel, tras de una mesa de teca y marfil. Un reloj de péndulo de hacía siglos marcaba el tiempo encarado a un búho tallado en mármol. Las estanterías delineaban las paredes, soportando centenares de libros, entre los que abundaban los códices. Una mesilla con una moderna consola de comunicaciones, consulta de datos, computación, grabación, proyección, impresión y disposición, parecía también estar integrada en el lugar.

El extremo más apartado de la entrada era transparente. A través de él se veían la montaña, el bosque y el valle ya en tinieblas, remotas cumbres nevadas y más estrellas a cada minuto. Ante él, en su sillón móvil, estaba Espina. Como siempre, iba vestido descuidadamente de negro, y no mostraba más que su cabeza y sus manos esqueléticas. Una mirada suya nos detuvo.

Y entonces dijo, átona pero tranquilamente, como si fuéramos invitados y no criminales a los que debía sentenciar.

—Buenas noches. Por favor, siéntese.

Cada uno de nosotros nos sentamos en una de las sillas que había enfrente suyo.

—Creo que el inglés será el lenguaje más conveniente, ¿no?

Pensé que la pregunta era puramente retórica. ¿Cómo podía desconocer la respuesta? Para enmascarar el silencio, repliqué.

—Sí, su señoría. Recuerde... en Ishtar ha sido el lenguaje humano más común durante mucho tiempo. La mayoría de los residentes permanentes no se defendían bien ni con el español, por carecer de práctica. Lo que pasó fue que el personal de la base original era principalmente angloparlante y estuvieron aislados desde entonces.

—Hasta hace poco —dijo, atajando mi loco discurso. Dik, marcaba el reloj. Dik, Dik.

Pasado un minuto, Espina se estiró levemente y dijo:

—Bien, ¿quién prefiere café o quién té? Mascullamos nuestras preferencias. Hizo una seña a su criado y le dio el encargo. Mientras este abandonaba la estancia, cogió una caja plateada, puso un cigarrillo entre sus dedos amarillentos y lo inhaló mientras lo encendía.

—Fumen si lo desean —invitó, ni hostil ni cordial, informándonos meramente que no le importaba.

No hicimos ningún movimiento. Su mirada era como el viento alpino.

—Ustedes se están preguntando por qué les he llamado aquí —dijo por fin—. ¿No es esto muy irregular? Y si un juez tiene la necesidad de entrevistar a los prisioneros confidencialmente. ¿Por qué obligar a sus cuerpos a recorrer medio mundo?

Llenó sus pulmones de humo y lo expulsó de nuevo para velar su rostro faraónico.

—Respecto del segundo punto —prosiguió—, el holograma me salva de un viaje que no deseo hacer. Pero no tiene nada que ver con la vida carnal —observó su mano— que a ustedes aún les queda en abundancia. Tenerlos a ustedes aquí, en mi presencia, no es lo mismo que un confrontamiento entre nuestras sombras coloreadas. Desearía que más oficiales entendieran la diferencia.

La tos le sacudió. Había visto grabaciones de sus decisiones históricas y discursos. Ninguna de tales impresiones de mortalidad habían sido mostradas. ¿Había acaso instruido a los computadores 3V para microretrasar y revisar sus transmisiones? Esa era la práctica política generalizada, naturalmente, junto con otros embellecedores. Pero el Tribuno Espina siempre había atacado cualquier suavizamiento, ¿no?

Exhaló el aire, respiró de nuevo su veneno y continuó:

—Y en cuanto al primer punto, en mi oficina no hay acciones regulares. Cada caso es un fenómeno diferente. Piensen —dijo para nuestro asombro—. La mía es la última instancia de las cosas que no caen bajo una sola jurisdicción. Por tanto, los precedentes exactos nunca existen. No solo el sistema legal puede contener contradicciones, sino también la filosofía —Continuó hablando con desprecio—. «Humanidad» es una palabra con tanto significado como «Phlogiston». Díganme, si son capaces, qué tienen en común en esta presuntamente unificada Federación Mundial un próspero ingeniero japonés, un jefe de banda de un suburbio Norteamericano, un místico ruso y un campesino de Africa. Además, cada vez más cantidad de nuestros negocios y trabajos tienen su origen completamente fuera de la Tierra —su voz cayó— en un maldito y peculiar universo.

Nuestras miradas siguieron la suya. Pulsó un control de su sillón, y las luces interiores disminuyeron, permitiendo ver la noche que caía rápidamente.

Las estrellas poblaban la negrura, casi tan brillantes y numerosas como en el espacio. El cinturón galáctico cruzaba el horizonte; recordé que en Haelen lo llamaban la Vía Invernal. Al sur, Sagitario lucía a través de ella. Allí vi, y creí que había descubierto, las manchas de luz que inundan, fuera de la visión de la Tierra, la estrella triple llamada Anubelea. Cerca, el rastro de luz quedaba oculto por el polvo oscuro. En todas partes, invisibles para nosotros, nacían nuevos mundos, mundos vivos, con cuerpos y espíritus distintos a los nuestros, y pasaban por delante nuestro vertederos de neutrones incinerados, y esos pozos de extrañeza que los hombres llaman agujeros negros, y galaxia tras galaxia alrededor de la curva de la realidad. Y la pregunta, incontestada e in formulable, de dónde vinieron y adonde retornarán y por qué.

La seca pronunciación de Espina me volvió a la realidad.

—He estudiado, en profundidad, todo lo referente a ustedes que hay en los archivos, así como he oído los testi-

monios. Mis instruidos colegas deploran el tiempo que he gastado. Me recuerdan los problemas que consideran más urgentes, especialmente ahora que estamos en guerra. «El motín fue un asunto muy pequeño —dicen—, y obviamente, no tuvo efectos importantes. Los defensores no han negado los cargos. Castiguémoslos y pasemos a otra cosa». Sin embargo, he persistido. Sin duda, puedo tener a mi alcance cualquier hecho relacionado con ustedes, y una buena cantidad de detalles adicionales —Hizo una pausa antes de finalizar—. Sí, mucha información sobre pocos. Pero ¿cuánto hay de verdad en ella?

Me arriesgué a tomar la palabra:

—Señor. Si se refiere a los aspectos morales, la justificación; pedimos una oportunidad para explicarnos y nos fue denegada.

Su exasperación crujió:

—Ciertamente. ¿Se cree que un tribunal que maneja problemas interculturales, a menudo interespecíficos, podría tener la más mínima eficacia si permitiera escenas emocionales en las declaraciones preliminares?

—Lo entiendo, señor. Pero tampoco se nos ha permitido manifestarnos en público. Hemos estado incomunicados, y las audiencias eran a puerta cerrada. Dudo de la legalidad de eso.

—Fue por decisión mía, acogiéndome a las excepciones por tiempo de guerra. Podrán apreciar que mis razones eran válidas.

El cuerpo lisiado se inclinó hacia adelante, demasiado viejo para ser reparado, demasiado vivo para su cautividad. Sus ojos se clavaron en nosotros.

—Aquí pueden hablar como quieran —dijo Espina—. No se lo recomiendo, sin embargo. Lo que espero conseguir de ustedes es algo más útil, más difícil, que sus objeciones personales a ciertas políticas de la Federación. Significa inquirir acerca de materias jurídicamente irrelevantes, incompetentes e inmaterial. Quiero rumores y conjeturas.

Ustedes están preparados para sacrificar sus futuros por esos seres lejanos. ¿Por qué?

Su mano cortó el aire.

—Quédense ustedes al margen, si pueden. Díganme lo que sepan, de ellos, o, lo que es lo mismo, lo que imaginan de ellos. Oh, sí, he repasado varios tratados xenológicos. He retornado a la niñez y he releído el acaramelado *Cuentos de la Lejana Ishtar*. ¡Palabras y dibujos, nada más!

»Denme algo de carne y hueso. Háganme sentir lo que experimenta uno cuando sabe que el día del juicio va a llegar en el curso de su periplo vital.

El sirviente entró con una bandeja.

—Podrán ustedes tener alcohol, o cualquier droga que necesiten para relajarse, más tarde, si la desean —dijo Espina—. Pero no ahora. Tenemos una formidable tarea por delante.

Tomó un sorbo de su taza de té. Me llegó el aroma embreado del Lapsang Soochong. Luego empezó a investigarnos.

»Uno

En el país del norte durante el Tiempo de Fuego no había tregua por parte del Sol Demonio. Día y noche, verano e invierno, llameaba en lo alto hasta que no existía ni día ni invierno. Aquellas eran las Starklands, dónde pocos mortales habían llegado y ninguno podía vivir, ya fuera el año bueno o malo. Los dauri de ese reino, que llegaban al sur en sus desconocidos vagabundeos, veían al Rojo hundirse conforme se alejaban, hasta que al fin, algunas veces, giraba bajo el horizonte que habían dejado atrás.

Cuando cruzaban las Colinas de la Desolación, tales viajeros se encontraban entre los tassui, el Pueblo Fronterizo, que mantenían el límite sur de Valennen y por tanto eran los más septentrionales de los mortales. Allí, la vida, la tierra y el cielo eran igualmente extraños para ellos.

Cuando el Portador de Tormentas estaba lejos del mundo, casi tanto como la más brillante de las estrellas, aquellos territorios se diferenciaban poco entre una estación y otra. En invierno se podía esperar algo de lluvia, y los días eran un poco más cortos que las noches, pero eso era todo. Los trabajadores y soldados de la Agrupación decían que mientras tanto, en el lejano norte, el Sol Verdadero nunca salía, y el frío era tan fuerte que el hielo se depositaba en sus valles. Pero el Tiempo de Fuego cambiaba y trastornaba esto, así como cambiaba todo lo demás. Entonces, en pleno verano, los tassui tenían de día al Invasor, dos soles de una vez, mientras que en invierno lo tenían permanentemente, sin un momento de bendita oscuridad.

Lo mismo ocurría si una persona viajaba al Sur Sobre el Mar; excepto por el cambio de estaciones, invierno en Beronnen cuando en Valennen era verano, y el hecho de que el Incinerador siempre estaba más bajo hacia el norte. Finalmente se alcanzaba un lugar nunca visto durante el Tiempo de Fuego, solo después, cuando se había retirado lo suficiente como para no causar daño. La mayoría de los tassui pensaban que debía ser un país favorecido por los dioses, y no creían a los extranjeros que, en cambio, les decían que era horrible y miserable.

Arnanak sabía que la historia era cierta. Él mismo había visitado Haelen hacía cien años como legionario de la Agrupación. Pero rara vez contradecía a sus compañeros y seguidores en asuntos de esa clase. Les dejaba tener ideas equivocadas si lo querían, especialmente ideas que alimentaban la envidia, la sospecha y el odio a los forasteros. Porque por fin ya estaba preparado para lanzar su ataque definitivo.

Un cuerno sonó en las colinas de Tarhanna. Sus ecos se esparcieron por los riscos y escarpaduras. El río Esali rugía, precipitándose a través de un cañón hacia la llanura. No se había secado todavía, pero ya se encontraba reducido a un estrecho torrente, entre las piedras que abrasaban los pies de los sedientos, y que el abuelo de Arnanak conocía desde su niñez. Pero el aire era estático y caliente, con un olor brumoso de arbustos donde estos se marchitaban.

Solitario, el Sol Verdadero se mantenía cerca de las lomas occidentales. La neblina se teñía de amarillo por las cenizas de una arboleda que la llama ya había devastado. Por lo demás, el cielo estaba despejado, con un azul tan fuerte que podía ser cortado con un cuchillo. Más oscuras que el cielo eran las sombras de los pliegues de las colinas; en las grietas y valles el color se tornaba púrpura.

De nuevo Arnanak lanzó al aire el sonido de su cuerno. Los guerreros dejaron sus refugios sombreados y treparon hacia él. No se pondrían los arneses de guerra, aquellos

que los tuvieran, hasta poco antes de comenzar la batalla. Una vaina, una bolsa, un carcaj eran las únicas vestiduras de la mayoría. Sus verdes pieles, sus melenas color caoba, con reflejos verde-dorados, sus brazos y rostros negros, contrastaban vivamente con el pardo del suelo y las rocas esparcidas a su alrededor. Las puntas de las lanzas brillaban en lo alto. Las colas se enroscaban en sus cuartos traseros con impaciencia. Cuando se congregaron junto a la suave elevación en que se encontraba, su olor masculino fue como una oleada de hierro húmedo.

El orgullo de Arnanak no le impidió hacer un recuento aproximado, ahora que los tenía allí, juntos. Serían unos dos mil. Muchos menos de los que esperaba necesitar pronto. Sin embargo, era una buena respuesta para el inicio de una aventura como aquella. Y habían llegado de todas partes. Su propio contingente había tenido que hacer el viaje más largo para acudir a la cita desde Ulu, bajo el Muro del Mundo. Pero por el aspecto, forma de andar, ornamentos y fragmentos de charla, reconoció a otros del Sur de Valennen, montañeses, corredores de los bosques, exploradores de las llanuras, segadores de las costas e islas. Si probaban que eran capaces de tomar la ciudad comercial, sus semejantes se les unirían.

Por tercera vez hizo sonar el cuerno. El silencio se extendió hasta que solo el agua invisible pudo oírse. Arnanak permitió que lo mirasen, que sus mentes lo admiraran antes de comenzar a hablar.

Ya que su pueblo tenía en gran estima a aquellos que poseían la fuerza para ganar y la inteligencia para mantener la riqueza, llevaba adornos costosos y llamativos en abundancia. Engarzada con piedras preciosas, una corona dorada se alzaba desde su melena. Espirales doradas se enroscaban en sus brazos y piernas. Los anillos brillaban en sus cuatro dedos, de ambas manos. Un manto multicolor sehalano cubría su joroba y su espalda. La espada larga que al-

zó como señal de mando, era de acero damasquinado forjado en el Sur Sobre el Mar; pero había sido *muy* usada.

Tras él un árbol fénix crecía, oscura y poderosamente, y sus ramas se extendían hasta formar un ancho techo azul de hojas. Bajo ese refugio, unas cañas habían brotado recientemente, formando un dosel de tallos oscuros y de sombras rojizas. Arnanak había escogido el lugar de la cita con tiempo, y tuvo mucho cuidado en ser el primero en llegar, en parte para reclamar ese lugar para él. No lo prohibió a otros para reservarse la comodidad; más aún, había confeccionado un punto de alojamiento en campo abierto, a plena luz del sol, como el menos afortunado de los recién llegados. Lo necesitaba para la comedia que había planeado.

Gravemente, caminó hasta el borde rocoso, miró a los ojos de los presentes, llenó sus pulmones y exclamó:

—¡Escuchad, tassui! Yo, Arnanak. Caudillo de Ulu, hablaré; y vosotros entenderéis.

»Mis mensajeros, que llevaron las dagas de guerra de señorío en señorío podían hablar de poco más que de un lugar de encuentro cuando las lunas cruzasen, de determinada forma, entre las estrellas. Vosotros sabíais que con los años me he hecho con aliados y tributarios en todo el oeste, y en otros lugares. Habíais oído que mi deseo es expulsar a los extranjeros al mar y más allá, donde no impidan nuestra marcha hacia el sur antes de que el Tiempo de Fuego muestre su fiereza. Habéis supuesto que golpearé primero en Tarhanna.

»Pero esto la Legión también lo sabe, lo ha oído y lo puede suponer. No podía arriesgarme a que espías o traidores dijeran a nuestros enemigos nuestros planes con más exactitud.

»Por tanto, yo no estoy enojado porque la mayoría de los machos se hayan vuelto atrás. Algunos me temen, otros temen mi fracaso; más aún, esta es la estación en la que cada casa debe hacer acopio de lo que pueda, para poder

alimentarse en el duro año venidero y los peores años que vendrán después. No, yo considero el mejor de los presagios el veros reunidos aquí en el número en que estáis.

»Nos iremos a la caída del sol. Voy a explicaros mi plan.

»La razón que tuve para escoger la primavera fue que es la estación en la que los tassui están trabajando. La Legión solo esperará de nosotros unas pequeñas incursiones, no un asalto contra la fortaleza principal del interior del territorio de la Asociación. Sé como piensan los del Sur Sobre el Mar. Mediante agentes dobles les he ayudado a esperar un gran movimiento de tropas nuestro, en verano; cuando tengamos algo en nuestros graneros y dispongamos de noches enteras de cobertura y frialdad para viajar.

»Aún disponemos de media noche antes de que el Rojo salga. Tiempo suficiente para alcanzar Tarhanna, si ambas lunas nos ayudan a hacerlo rápidamente. Yo mismo he realizado el viaje, dos veces. Por otra parte, sé que la guarnición es pequeña. La Legión ha retirado parte de ella para ayudar a la lucha contra la piratería a lo largo de la costa Ehur... piratería que inicié el invierno pasado con ese propósito.

Un murmullo creció entre la multitud. Arnanak elevó su voz por encima de él:

—Hoy vuestros líderes y yo hemos precisado el plan.

»Vosotros lo único que tenéis que hacer es seguir sus estandartes. En dos divisiones, atacaremos por las puertas norte y sur. Entonces, cuando tengamos a los soldados bien ocupados, un pequeño grupo escalará el muro junto al río. Un truco peligroso, una acción por sorpresa, pero no demasiado peligroso para mis machos, que lo han practicado en una réplica de la muralla que he construido en Ulu. Crearán una cabeza de puente para otros, que caerán sobre la puerta que parezca más débilmente defendida, y la abrirán; así tomaremos la ciudad.

»Si hay hambre en tu casa, guerrero, recuerda que puedes ir a las islas del Mar Fiero que todavía son prósperas y

que están demasiado bien guardadas para que las podamos tomar; y puedes cambiar tu parte del botín por alimentos. Ante todo, recordad que este es solo el inicio de la expulsión de la Asociación. Vuestros hijos vivirán en las tierras que los dioses aman.

»De esto os daré una señal.

Había acompasado sus palabras a la marcha del sol. Cuando se ocultó tras las colinas, el crepúsculo cayó como una ola en el mundo y las primeras estrellas empezaron a brillar. Del mismo límite occidental ascendió Kilivu, con su forma irregular, centelleando mientras ascendía. Una luz helada tembló entre repentinas e inalcanzables oscuridades. En algún lugar un predador aulló; el ruido del río pareció aumentar; aunque el suelo y las piedras radiaban calor todavía, el aire pareció hacerse menos pesado.

La cola de Arnanak señaló a los dauri. Ellos se deslizaron fuera del cañaveral como siete sombras hasta que sus fantásticas apariencias fueron iluminadas por la luna. Entre sus pétalos, su jefe portaba en sus brazos la Cosa. El miedo silbó por entre las filas de la multitud congregada bajo el peñasco. Las lanzas apuntaron hacia adelante, y las hojas y hachas salieron de sus fundas. Arnanak tomó la Cosa. Mantuvo sus destellos y sombras en alto.

—¡Quietos! —gritó—. ¡Tranquilizaos! No hay maldición aquí. Estos seres están conmigo.

Después de un rato, logró que los guerreros se calmaran lo suficiente como para poder decirles:

—Muchos de vosotros habéis oído que he llegado a ser amigo de los dauri. Habéis oído que me he adentrado en las Starklands que ellos recorren, donde ningún mortal había penetrado y que había traído desde su ciudad tumba una Cosa de Poder. Aquí está. No era mentira. Ya podemos iniciar la conquista.

»Esta noche empezaremos. He hablado; y vosotros entenderéis.